

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.

CON LA APROBACION ECLESIASTICA

Y BAJO LA DIRECCION DE

ENRIQUETA LOZANO DE VICHEZ.

GRANADA: REDACCION Y ADMINISTRACION, DARRO DEL CAMPILLO 15.

Se publicarán noventa y seis números al año, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente á esta administración en letras del giro mútuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.—El precio de suscripción es el de DOS reales mensuales en toda España. Ultramar y extranjero CUATRO, franco de porte.

SUMARIO.

El primer año de matrimonio, por Angela Grassi.—
La Religion, poesia por Enriqueta Lozano de Vilchez.—Hay mas halla, Novela por Enriqueta Lozano de Vilchez.—El rescate de las cien doncellas, por X. Correspondencia.

EL PRIMER AÑO DE MATRIMONIO.

CARTAS Á JULIA

(CONTINUACION.)

XLII.

He dejado trascurrir algunos dias antes de contestar formalmente á tu carta. Aunque no quiero ocultarte ninguna de mis primeras impresiones, debo decirte que el tiempo y la reflexion han venido á modificarlas. Á aquel primer sentimiento de envidia, ha sustituido otro de terror, terror por tu porvenir, Julia, porque no se que presentimiento del corazon

me dice, que debajo de esos oasis de flores, se oculta un abismo sin fondo, en el cual vas á caer irremisiblemente.

¿Has pensado bien en lo que haces? Eugenio te ama, y esto te parece todo. Pero el amor terrestre se estingue para fundirse en el amor celestial de la familia. Ahora bien, ¿sobre qué bases va á ser constituida esa familia? ¿Qué fértil tierra va á recibir ese germen, para que brote lozano y que florezca?

El matrimonio no es tan solo un lazo que une á dos seres entre sí, para que se adoren mutuamente, y pasen su vida apurando la copa de los placeres.

Un sacramento divino no podia santificar una cosa puramente terrenal y finita, ni la generosa naturaleza producir un bien intrasmisible.

Examinando detenidamente el amor que os une á Eugenio y á tí, es una accion que nace y termina en vosotros mismos; una accion egoista que si da un placer, es porque es para recibir en cambio mil placeres.

Tú amas á Eugenio; pero ante todo pre-

tendes ser amada de él, y serlo exclusivamente. Nada te importan sus privaciones y sacrificios con tal de que quede cumplido tu deseo. Es decir, no le amas por él, le amas por tí, y á tí solo te complaces llenándole de caricias.

Este es el amor terrestre, que predispone á la abnegacion.

La abnegacion es un esfuerzo de un alma sobre infinitas almas; que todo lo da y nada quiere recibir; que vierte lágrimas en secreto para evocar sonrisas sobre lábios adorados; que vive de sacrificios; que se oculta en el misterio; que cuando mas se inmola, mas se engrandece y satisface. Es amar en vez de ser amado; es la persona que hace, en vez de ser la que padece; es imitar á Dios que espiró en la cruz para redimir el universo.

Así las alegrías del amor son turbulentas y dolorosas como todo lo que pertenece á la tierra; las alegrías de la abnegacion son puras y santas é inefables, como dimanadas de los cielos.

La abnegacion es el sentimiento que experimenta la esposa hácia su esposo, la madre hácia sus hijos.

El amor, Julia, es como las flores pasajeras que brotan hoy para morir mañana; la abnegacion, los bellos frutos que fecundan el árbol de la vida. El árbol que no produce frutos está condenado al fuego.

Pues bien; adórnese en buen hora la vírgen cándida y sencilla con las florecillas perfumadas, pero sin dejar de preparar su alma para recoger más tarde los frutos delicados.

En una palabra, la vírgen antes de acercarse al ara sacrosanta, antes de recibir el divino sacramento, debe empezar por reverenciar á los hijos que tal vez germinen en su seno, y antes de pensar en sus propios goces, pensar en el porvenir que les aguarda.

Ah! si todas las jovencillas meditasen seriamente sobre esto, no habria tantos casamientos egoistas, es decir, tantos casamientos en que la mujer solo piensa en sí misma, satisfaciendo un capricho, obedeciendo á un impulso de amor propio, ó halagada por la idea de mejorar de condicion.

Para que una familia esté bien constituida, se necesitan tres cosas: Decente medianía, relativa al estado de los contrayentes; igualdad de clases, y recíproca estimacion, basada en la afinidad de educaciones, gustos y sentimientos; porque la armonía produce la armonía, y un instrumento destemplado, solo puede dar sonidos dicordantes.

Ahora examinemos las bases de la tuya.

Eugenio no posee nada; es de origen vulgar. Ha pasado su juventud midiendo varas de tela detrás de un mostrador. Su padre es carpintero, su madre costurera, sus hermanas planchadoras. ¡Libreme Dios de deprimir ni menospreciar al que gana su pan con el sudor de su frente! Un artesano honrado es tan noble como el rey!

Pero si la diferencia de fortuna no constituye desigualdad, la constituyen las costumbres.

El ascendiendo hasta tí, tú descendiendo hasta él, ambos á dos sereis irremisiblemente desgraciados.

Balzac ha dicho que los tejidos de lana y seda se rompen muy pronto, porque la segunda corta la primera, y esto es muy exacto. Lo mismo sucede con los matrimonios desiguales.

(Continuará.)

Angela Grassi.

La Religion.

Amparo dulce del que triste llora,
fanal brillante, del perdido guía,
en la tormenta de la vida, aurora
que precede al fulgor del claro día:
la gracia celestial contigo mora
y la paz y la cándida alegría;
madre de la virtud, luz de mi alma,
llena mi voz de tu tranquila calma.

A ti me acojo, de mi triste llanto
recibe el holocausto reverente:
cúbreme tú con tu divino manto,
que postrada á tus piés doblo mi frente:
dame la gracia de tu influjo santo,
y acepta pues mi corazon ardiente:
¿Quién ¡ay! en este mar que llaman vida
no se acogió una vez bajo tu ejida?

¿Quién llanto no vertió? ¿quién su camino
no encontró por doquier lleno de abrojos?
¿quién al luchar con su fatal destino
no elevó al cielo sus cansados ojos?
¿quién no halló dulce paz, amor divino,
si ante el sagrado altar cayó de hinojos,
y lleno el corazon de fé cristiana
brotó en sus lábios su plegaria humana?

Débiles almas de llorar cansadas
en este valle de dolor caidas,
errantes, peregrinas, desoladas,
en el desierto mundanal perdidas;
ovejas de rebaño estraviadas
y por las zarzas del pecado heridas,
esas sendas dejad, porque están llenas
de eterno luto y perdurables penas.

Madres amantes, que llorais perdidos
los tiernos hijos que os legó natura,
dad trégua á la afliccion y á los jemidos,
y alzáad los ojos á la azul altura:
allí están inocentes, bendecidos
al pié del trono de la Virgen pura,
si Dios un hijo os demandó en el suelo,
un ángel puro os otorgó en el cielo.

Huérfanos tristes que en la amarga vida
perdisteis de una madre el dulce amparo,
cerrad del alma la doliente herida,
porque ya vuestro mal tuvo reparo:
á su madre purísima y querida
os dió el Señor, de vuestro bien avaro,
y ella al pié de la cruz entre dolores,
los hijos os llamó de sus amores.

Los que sufris en fin, venid conmigo
y doblad reverentes la rodilla:
Dios la humildad ensalza del mendigo
y de los reyes el poder humilla:
El es el bueno y cariñoso amigo
de la virtud y de la fé sencilla,
y con afán que su bondad revela,
continuamente por sus hijos vela.

No temáis, no, que su mirada amante
se aparte de nosotros un momento,
ni que pierda su oído penetrante
de la súplica fiel un solo acento:
en todas partes estará delante
leyendo el corazon y el pensamiento,
contando nuestras lágrimas amargas,
y de nuestro pesar las horas largas.

Ni un solo ¡ay! del corazon herido,
ni una mirada suplicante al cielo,
se llegará á perder en el olvido
sin dar al alma celestial consuelo;
por Él, el que padece es bendecido;
ama al que sufre de la vida el duelo.
y por su diestra mano el desgraciado
en un mundo mejor será premiado.

Venid ¿en vuestro pecho por ventura
del amor de mi Dios no arde la llama?
¿su bondadosa y paternal ternura
vuestra fé y vuestro amor tal vez no inflama?
venid, venid; la paz y la dulzura
sobre sus hijos pródigo derrama:
¿dudais? ¡oh! no: porque si habeis sufrido
también habreis su proteccion sentido.

Que nada tanto al corazon revela
la existencia de un Dios omnipotente,
como esas horas en que el hombre vela
y dobla al peso del dolor la frente:
al cielo entonces con afán apela
por un instinto que en el alma siente,
y que le grita en su desdicha impía
«espera en Dios, en su bondad confía.»

Venid, pues, ante el Dios de tierra y cielo
los que en su amor y su bondad fiais;
venid á mí los que con loco anhelo
de incrédulos acaso blasonais:
¡oh! si un día en acerbo desconsuelo
herido el corazón, tristes llorais,
en medio del dolor y el desvarío,
sin saberlo quizá direis, «Dios mío.»

Venid á mí: con mi laud cristiano
yo sabré consolar vuestros pesares,
cuando de Dios el nombre soberano
haga sonar vibrante en vuestros lares;
que el que estendiendo su potente mano
crió la tierra y los estensos mares,
el infinito Dios de mundo y cielo,
para cada dolor tiene un consuelo.

Enriqueta Lozano de Vilchez

¡HAY MAS ALLA!

NOVELA ORIGINAL

ED

Enriqueta Lozano de Vilchez.

(CONTINUACION.)

La pobre hija de los campos, la dulce é inocente Nina, adelantaba muy poco en su imprevisible enfermedad.

Las emociones recibidas, los afectos nuevos que empezaban á despertarse en su corazón, producían en aquella naturaleza empobrecida y débil, continuas agitaciones, estremecimientos sin nombre que la causaban intensas fiebres y delirios continuados.

El Marqués y Clara velaban á su lado: Adrianesi también permanecía horas enteras junto á ella, pues á pesar de ser ya públicos en aquella casa los lazos que la ligaban al noble anciano; el maestro que había cuidado de su infancia, que la había sacado de la miseria y que la amaba como un padre, se creía con derecho de darla siempre el dulce nombre de hija.

Ella también le amaba, ella le consideraba

como á su protector, y su viejo amigo, y le inspiraba más confianza que ninguna de aquellas personas que la rodeaban, llenándola de caricias y colmándola de atenciones.

En medio de sus delirios, en medio de las imágenes de que la calentura llenaba su cerebro, siempre aparecía la figura de Agustín, de Lucía y del venerable padre Antonio.

La niña pensaba de continuo en ellos, y de continuo los llamaba, con los nombres más dulces y las palabras más suaves.

Albareda agotaba su ciencia para combatir el mal de Nina, esperando después de aquella suprema lucha con la muerte, una recompensa que apenas se atrevía á acariciar entre el misterio más impenetrable de su pensamiento.

Por otra parte, en aquellos días de ruda prueba, había aprendido á avalorar el carácter noble, enérgico y generoso de Clara, y la bondad de su alma virginal y casta, y este examen continuo había impresionado el corazón entusiasta del joven médico, haciendo mirar á la señorita Montemar como un tesoro de inestimable precio.

Salvando á Nina, podía alentar quizá la esperanza de que algún día pudiera realizarse aquel primer sueño de amor, que embargaba sus sentidos.

Muriendo la nieta del Marqués, Clara era un imposible para él, pues siendo ella y Julio los herederos del anciano, era mucha la distancia que les separaba, y podía calificarse de interesado el amor puro y tierno que la joven le inspiraba.

Así trascurrieron los días tristes para todos, pero muy particularmente para Julio, que se sentía atraído hacia su prima por una simpatía irresistible, y para el Marqués, que la amaba más cuanto más conocía á aquella niña tan desventurada hasta entonces.

Nina había pedido á Adrianesi noticias de su aldea, y repetidas veces le había rogado que escribiese al padre Antonio, esperando con ansia la respuesta de su bienhechor.

El maestro le había referido la carta que escribiera la noche en que empezó su mal, y al ver el silencio que la había seguido, la pobre niña murmuraba de vez en cuando llena de pesar:

—¿Me habrán olvidado? juzgaran que ya no les amo?

Oh! cuán lejos estaba de acertar en estos cálculos.

Una tarde, al llegar Adrianesi á la puerta de su morada, oyó á su lado un grito de angustia, y vió dos mendigos que sentados junto á aquella puerta le tendían las manos y le llamaban con afán.

—Él es, él es, no me cabe duda, gritaba un

viejo decrepito y miserable con acento de mortal angustia. Él es, corre Lucía, corre y llévame hasta su lado! que yo pueda hablarle, que pueda preguntarle por ella!

El maestro se detuvo!

Había reconocido á aquel infeliz!

Había comprendido que era Agustín.

Corrió hacia él admirado de su presencia en aquel sitio, y le dijo con afectuosa voz.

—¿V. aquí? V. aquí, amigo mío?

—Sí, sí, nosotros; por ventura suponía V. que yo iba á permanecer en el pueblo mientras ella se moría en Madrid?

—Pero ¿cómo ha sido esto? quién les ha traído, ¿cómo saben?...?

—Hemos venido mi padre y yo, se apresuró á decir Lucía, hemos venido mi padre y yo, porque queríamos verla, saber como está, convencernos de que no ha muerto!

Y al decir estas palabras un torrente de lágrimas se escapaba de los apagados ojos de la pobre ciega, mientras su pecho se levantaba en un ancho y angustioso sollozo!

El maestro conmovido por aquel profundo dolor.

—Vamos, dijo: no hay porque afligirse de ese modo, está mejor, mucho mejor, y su vida no corre peligro alguno.

—Oh! es de veras? exclamó la ciega juntando las manos con profunda emoción; es de veras?

—Sí, hija mía, nada mas cierto: confíe V. en mí, que no la engaño.

—Entonces, vamos, vamos corriendo á verla; o deseo tanto, tanto! dijo Agustín temblando á su pesar.

Adrianesi se detuvo irresoluto.

No sabía que contestar á aquella justa petición.

Qué hacer? cómo llevar á aquel pobre anciano al palacio del marqués del Prado? y cómo negarle tampoco el consuelo de ver á su querida Nina?

El maestro se hallaba en un grave apuro y no sabía que resolver.

Su único pensamiento en aquel instante fue ganar tiempo, fué dar tréguas para pensar el modo de orillar aquella situación.

—Bien, bien, dijo, la verán ustedes. yo lo creo! ¿quién lo había de impedir? pero ahora... sin prevenirla: esto podría causarle una emoción demasiado viva y perjudicarla en extremo.

—Perjudicarla! dijo Lucía con calor, perjudicarla! oh! no, ella se alegrará de vernos, estoy cierta de ello, y la alegría no hace daño, señor.

—Sin embargo, es preciso prevenirla, es preciso que el médico nos diga lo que debemos hacer. Nina es impresionable en extremo, les quie-

re á ustedes demasiado, y yo creo que por su mismo amor no deben exponerla á una recaída, que pudiera costarle cara.

—Oh! se apresuró á decir Lucía: esperaremos, esperaremos: tiene V. razón.

—Sí, sí; haremos lo que V. nos ordene, añadió el anciano asustado; pero no tardaremos mucho en estar á su lado. Ah! si V. supiese lo que hemos sufrido para llegar hasta aquí! Veníamos solos... sin recursos... cuando Lucía vacilaba yo la decía, «anda, conozco el camino; ya nos queda poco,» y cuando mis piernas se negaban á sostenerme, cuando mi valor flaqueaba, ella apretaba mi brazo y exclamaba: «vamos, padre mío, apóyese V. en mí que yo le sostendré y en breve podremos verla.»

—Pero ¿cómo han podido llegar hasta aquí...? quién les ha guiado? preguntó el maestro obligándoles á entrar en su casa con la esperanza de que pudiesen descansar un momento.

—Quién nos ha guiado? dijo Lucía con calor. Oh! Dios! Dios que veía el afán de nuestras almas, Dios que ha permitido que no muriésemos allí de dolor, y aquí de angustia al encontrarnos en una ciudad extraña, sin amigos, sin protectores, y que puso en nuestra memoria su nombre de V. y la casa en que vivía.

—Pobres criaturas! murmuró con tristeza Adrianesi.

—No nos compadezca, puesto que estamos aquí, y que Nina vive; por que no ¿nos ha engañado V., es verdad? ella...

—Repito que está mejor.

—Ya vé V. como no somos tan dignos de lástima!

—Pero el padre Antonio, no les ha manifestado á ustedes...

—El fué quien al leernos sus cartas nos dijo donde vivía, y así, preguntando á todo el mundo hemos podido llegar á esta casa, término de nuestros afanes.

—Y... preguntó el maestro vacilando, ¿sabe V. donde está Nina?

—En el convento... aquí tal vez.

—No, no: en ninguna de las dos partes.

—Pues entonces?...

—Está... está en casa de un noble, de un gran señor.

—Y que?

—Que es preciso aguardar... ver el modo... aquí no es como en las aldeas, aquí se vive de otro modo, se guardan otras formulas...

—Y ¿quién puede impedir que un padre vea á la hija de su alma? murmuró con ímpetu Agustín.

Adrianesi calló.

La situación era demasiado crítica.

Solo podia decidirse á ganar tiempo y á esperar, hasta aconsejarse de D. Luis.

—Vamos, dijo, lo primero es que descansen ustedes, que repongan las fuerzas, que tomen algun alimento, para lo cual voy á dar las precisas órdenes.

—Pero antes podíamos...

—No, no: ya he dicho á V. que es preciso preparar á la enferma, de lo cual yo me encargo: mientras pueden quedarse en casa, donde encontrarán todo lo necesario. Con que estamos conformes en que hasta luego...?

Lucía enjugó una lagrima, Agustín suspiró, pero tuvieron que ceder.

Ademas el maestro les aseguraba que su Nina vivia, y esto era lo principal.

Adrianesi dió á su vieja criada las órdenes necesarias para que nada faltase á sus huéspedes, y se dispuso á marchar para ver el modo de salir de aquel asunto tan espinoso para él.

Dirigióse pues al palacio del marqués, preocupado, macilento y contrariado hasta el extremo.

Qué iba á hacer? cómo le iba á decir á la pobre huérfana que allí estaban aquellos dos seres que le habian consagrado su vida? cómo habia de llevarles á ellos á la presencia del marqués? cómo iba á poner frente á frente á aquellos dos ancianos enemigos irreconciliables; polos opuestos que no podian llegarse á juntar sin producir un violento choque?

Por fortuna, Dios que ordena las cosas, no conforme á nuestros cálculos, sino conforme á su bondad, habia dispuesto enviarle un auxiliar poderoso; el único capaz de sacarle de aquel apuro.

Este auxiliar era el padre Antonio.

Ya sabemos que al enterarse de la partida de sus pobres amigos, habia resuelto salir en pos de ellos y no abandonarles en aquellos instantes de pena y ansiedad.

Caballero en su vieja mula, y acompañado por el acólito que le servia entonces de criado, emprendió el camino de Madrid, y merced á las horas de delantera que Agustín y Lucía le llevaban, no pudo encontrarlos antes de llegar á la corte, segun él habia calculado.

El sacerdote pensando que el mejor medio de encontrarlos era dirigirse en busca del maestro, se encaminó á su casa donde llegó al tiempo que este salia para dirigirse como hemos dicho á la morada del marqués.

Una exclamacion de sorpresa y alegría se escapó de los labios de ambos al divisarse, y los dos corrieron para acortar el espacio que les separaba,

—Dios le envia á V., exclamó Adrianesi tendiéndole la mano.

—Están aquí, es verdad? fué la repuesta del padre Antonio.

—Sí, sí aquí en mi casa les dejo ahora, pero V. no sabe....

—Pobres criaturas! cómo habrán venido! cómo habrán podido llegar!

Oh! el corazon de los padres, el corazon de los padres! de qué sacrificio no será capaz?

—Pues V....

—Yo... yo soy tambien un padre, un padre que tiene por hijos á todos los feligreses que Dios ha puesto á su cuidado, murmuró el sacerdote con una sonrisa en que se revelaba toda la bondad de aquel alma sencilla y amorosa; ademas, yo he venido á caballo, ya vé V. que esto no es un gran sacrificio, pero ellos...

—Ellos están en este momento descansando y puede V. creer que nada les faltará. Pero nosotros tenemos que hablar.

—Cómo! murmuró palideciendo el padre Antonio, Nina?...

—Esta mejor. Puede V. creerlo, mas no se trata ahora de eso.

—Gracias al cielo, dijo el ministro de Dios con verdadera efusion, pues entonces...

—Oh! yo no sé como explicarme, y el caso es que el tiempo urge y que necesito aconsejarme de V.

—Hable V pues...

—Aquí... no sería fácil, y en mi casa nos oirían los otros.

—Entonces...

En aquel instante pasaba junto á ellos un caruaje de alquiler con la tablilla puesta.

—Adrianesi le detuvo, y suplicó al padre Antonio que subiese á él, haciéndolo á su vez y diciendo al cochera.

—Llévanos donde quieras con tal que inviertas media hora por lo menos, dijo.

—Daremos una vuelta al Prado, exclamó aquel hombre sacudiendo un fuerte latigazo á los escuálidos caballos.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

EL RESCATE DE LAS CIEN DONCELLAS.

(CONTINUACION)

II.

Lograron los animosos jóvenes verificar su nocturna salida sin contratiempo que revelase su designio. Como su empresa podía graduarse de temeraria, tuvieron buen cuidado de ocultarla á quienes no pudiesen favorecerla, así es que solamente se reunieron los que tenían un interés inmediato en abolir aquel infame tributo, ya temiendo por el objeto de sus amores, ya por alguna hermana cariñosa, ya en fin, estimulados por la amistad de sus compañeros. Salieron cautelosamente de la ciudad, atravesaron los llanos y reuniéndose en el parage convenido, se internaron por los defiladeros de las montañas. La luna, aunque iluminaba débilmente la campiña, producía mil caprichosas sombras en las rocas y en los gigantesos pinos, y solo el conocimiento del terreno valió á los jóvenes para llegar con prontitud al parage que deseaban, su designio no era otro mas que el de apostarse en cierto punto del camino por donde los árabes habían de pasar: sitio el mas apropiado para una sorpresa puesto que era una estrecha hondonada entre dos montañas cubiertas de matorrales. Para llegar á él y guarnecer las crestas de las montañas, tuvieron que dar mil vueltas, y revueltas marchando por sendas rápidas y escarpadas donde solo su agilidad y vigor les sostenían, ayudándose en caso necesario unos á otros. Por fin, al amanecer llegaron al sitio designado tendiéndose á descansar sobre la yerba y respirando el aire puro y embalsamado de la mañana.

La mayor parte de aquellos briosos mancebos no llevaban mas armas que cortos garrotes; armas sin embargo temibles, manejadas por sus robustos brazos: otros llevaban venablos de caza; algunos mas dichosos se habían proporcionado una espada y no faltaba quien había echado mano de los mismos instrumentos y aperos de labranza. Ordoño á quien su iniciativa en la empresa, mas que la aclamación de sus compañeros, habíale constituido en jefe de la cuadrilla, distribuyó su gente como le pareció mas oportuno y esperó sossegado que apareciesen los enemigos. Ya estaba bien entrado el día, ya era la hora en que según los cálculos de los jóvenes

dabieran haberse presentado ya aun no aparecían; ya empezaban á impacientarse por la tardanza cuando se sintió el lejano y confuso rumor que anunciaba la entrada en el defiladero de la ansiada caravana. Inmediatamente se prepararon los mancebos al combate.

Unos agazapados y rodilla en tierra detrás de las peñas que coronaban las crestas de las montañas y prontos á enviar rodando enormes rocas hasta el fondo del valle; otros mas intrépidos, con las armas en la mano ocultos en las quebradas que daban al camino y prontos á presentarse en él á la menor señal, y Ordoño con unos cuantos de reserva para acudir á todas partes, sin que le fuese necesario arregar á todos ni estimular á alguno, porque en todos era igual el valor, igual el entusiasmo.

No bien se halló en el centro del barranco la caravana, en que venían las afligidas doncellas, cuando empezó una terrible vocería que repitieron los ecos de las montañas, al mismo tiempo que gruesas peñas desgajadas desde su cima, batieron cobrando nuevo ímpetu en el descenso, á lastimar y magullar á los caballos de la escolta que iban abriendo la marcha. Los animales heridos empezaron á encabritarse, y los pocos ginetes que no vinieron al suelo, al ver arriba muchos hombres que lanzaban sobre ellos piedras enormes, trataron de librar sus vidas, escapando cuanto antes de aquel atolladero. No sucedió lo mismo con los árabes que venían cerrando la marcha de la caravana. Hallábase entre ellos el jefe de la expedición, musulman notable por sus gigantescas formas y su fiereza, el cual conociendo desde luego el objeto de aquel imprevisto ataque, reunió los valientes que aun le quedaban, y formó círculo al rededor de unas especies de literas conducidas por esclavos en las que iban las doncellas de mas valer, en concepto de los árabes, para ser el ornato de un voluptuoso harem, y sin poder evitar que otras doncellas no tan bien resguardadas, pasasen á unirse á sus libertadores. Al mismo tiempo una porción de hombres diversamente armados, saliendo por las quiebras de la montaña, dieron en ellos con ímpetu furioso. Allí se vieron rasgos de valor desesperado; allí cinco ilustres hermanos, Pedro, Sancho, Ferrando, Suero y Alfonso, viéndose sin armas, desgajaron fuertes ramas de higuera y con ellas lidiaron hasta libertar á dos hermanas suyas que los árabes llevaban, mereciendo despues por tal azaña el apellido de Figueroa y siendo los progenitores de este esclarecido linaje. Los árabes, fieles á su deber y á su caudillo, sostenían el combate sucumbiendo uno á uno, no tanto á manos de los enemigos que

de cercales acometian, como á los certeros golpes que les dirigian desde lejos. En tanto el audáz caudillo, haciendo una seña de inteligencia á los esclavos, tomó de sus brazos una hermosa jóven y colocándola bruscamente en el arzon delantero de la silla, ciñendo su delicado talle con su nervudo brazo para que no viniese al suelo, hincó las espuelas á el caballo arremetiendo con furia para abrirse paso derribando á los que delante tenia.

Ordoño lanzó un grito de cólera al reconocer á Jimena y corrió tras de su infame raptor, pero era imposible alcanzarle. Levantó el jóven el venablo que en la mano tenia y conociendo al arrojarle hácia su enemigo que podria acaso herir á su querida, le dirigió á las ancas del caballo donde fué á clavarse el afilado hierro. Dobló el caballo la rodilla como si no quisiera ofender á su dueño en su caída, y el árabe tuvo tiempo de ponerse en pié y prepararse á recibir á Ordoño; aunque sin soltar por esto á Jimena. La agarró sin miramiento del brazo con su férrea mano, como el buitre que clava sus uñas en la tímida paloma, é interpuesto entre aquella mujer pálida, desfavorida y medio arrastrada por el suelo, y su generoso amante, osó insultarle todavía, blandiendo su terrible cimitarra. De improviso el caudillo árabe lanza un grito agudo, vacila sobre sus plantas y vuelve el acero hácia Jimena para hacerla víctima de su venganza; pero antes recibe de manos de Ordoño el golpe mortal que le hace rodar por el polvo y Jimena cae en brazos de su amante.

En los violentos ademanes que hizo el árabe para resistir á Ordoño y sujetar á Jimena, se desprendió de la vaina el puñal que al cinto llevaba y vino á caer en el regazo de la jóven, que animada con el peligro que corria su amante y creyendo de buena fe, que el cielo ponía en sus manos aquel arma, tuvo audacia para clavarla en el costado de su opresor, causándole una herida, sino mortal, suficiente al menos á distraerle é impedirle se defendiera del golpe fúnebre que Ordoño le dirigió.

III.

El atrevimiento de los jóvenes y el feliz resultado de su arrojo no podia menos de mover eruda y pronta guerra entre los pueblos cristianos de las montañas, y los orgullosos dominadores del resto de la Península. Evanecidos por las rápidas y fáciles victorias que les habian hecho dueños de un inmenso y feraz territorio; alentados con las discordias y contiendas de familia

que desde su mismo origen brotaron en el seno de la monarquía cristiana, no perdian la esperanza, al contrario esperaban el momento favorable de apoderarse de aquellas hasta entonces inaccesibles montañas y tremolar en ellas el pendon del Islamismo. Grande fué pues su sorpresa y su cólera, cuando supieron que la provocacion venia de aquellos mismos pueblos á quienes juzgaban tan abatidos. En concepto de los infieles, la conformidad con que se pagaba el tributo no era mas que un indicio de la debilidad ó cobardía de los monarcas de Asturias, por mas que estos pretestasen para satisfacerle una razon de estado. Era por tanto indispensable sofocar cuanto antes aquel amago de insurreccion y vengar aquel desaire. Por esta causa los wáliees y gobernadores de la frontera, sin esperar las órdenes de su señor, el poderoso emir de Córdoba, antes bien seguros de su consentimiento y aprobacion, declararon guerra al rey don Alfonso y juntando aceleradamente las fuerzas de que pudieron disponer, movieron un campo volante en busca suya.

(Continuará.)

X.

CORRESPONDENCIA.

Ruanes. Señor don M. P., tanto V. como doña R. tienen abonado hasta fin de agosto, los demas quedan excluidos de la lista de suscritores como indica.

San Fernando. Señora doña A. P. de J., recibidos los 28 rs.

Astorga. Señor don F. G., con los 80 rs. que envia deja abonado todo el año 80. que es el que recibe, y hasta febrero del 81.

Alealá de Guerra. Señora doña D. C., anotados los 24 rs.

Coruna. Señora doña D. L. C., recibidos los 16 rs. que envia.

Córdoba. Señora doña F. L. y A., puede V. mandar á esta redaccion el importe de lo que adeuda, en sellos de franqueo; del año 79 debe 16 rs. y 12 hasta fin de junio del 80 que es el que recibe.

Cá'iz. Señora doña R. R., recibidos los 20 rs. los pagos puede hacerlos como le sea conveniente.

Espinosa de Villagonzalo. Señora doña P. M., damos á V. gracias por su interés, quedan anotadas segun indica las 21 pesetas.

Elorriaga. Señor don J. E., damos á V. gracias por su carta: en nuestro poder los 76 rs.

(Continuará)

GRANADA.—Imprenta de «La Madre de Familia.»